

CÁNDIDO O LA INTOLERANCIA. Revisión de un relato de la Ilustración

Manuel Monge Fidalgo

El propósito del presente artículo es sentar las bases para una eventual versión adaptada a nuestro tiempo de una obra, un personaje en realidad, que ocupa un lugar central en el movimiento intelectual de la Ilustración: el “Cándido” de Voltaire. Nuestro intento tiene un precedente en el “Cándido o un sueño siciliano” de Leonardo Sciascia, de manera que, dado que cada época tienen sus dogmas, se podría establecer una tradición similar a la que ha dado lugar, en muy distintos momentos de la Historia, a numerosas reelaboraciones de determinados relatos-personajes, como por ejemplo en el caso de Don Juan. Por otra parte, puede encontrarse una gran afinidad entre el relato-personaje de Cándido y otro muy anterior, Ícaro: su padre (espiritual: Pangloss, el arcipreste Lepanto) le da unas alas (un paradigma, una ideología) para salir del laberinto (el caos) que, al ser de cera (ningún paradigma se ajusta del todo a la realidad), se derriten al acercarse demasiado al sol (la fe ciega en una única interpretación del mundo lleva a golpearse una y otra vez con la realidad, esencialmente múltiple) provocando su caída (el desengaño).

El “Cándido” ocupa una posición central en el discurso ilustrado porque éste tuvo básicamente en su punto de mira la fe, entendida como adhesión desprovista de todo espíritu crítico a un sistema de ideas dado, es decir confeccionado por otros. El caballo de batalla de la Ilustración y de todo el llamado Siglo de las Luces fue la Razón, opuesta a la superstición¹ en general y al dogma religioso en particular, a los que disputa nada menos que la representación del mundo y del hombre. En este sentido, las dos versiones que se han escrito hasta el momento, presentan las diferencias propias de dos obras producidas en contexto filosóficos muy distinto. Si en la de Voltaire, publicada en 1759, el dogma a rebatir es el optimismo metafísico de Leibniz, enunciado en su “*Teodicea*” (1710) y en la “*Monadología*” (1714), y consistente en la creencia de que una armonía preestablecida rige el universo, en la de Sciascia, publicada dos siglos más tarde, en 1977, son el psicoanálisis y el materialismo dialéctico. La obra gran diferencia es la que atañe al estilo. El propio Sciascia, que consideraba a Voltaire “*ejemplo de profesionalidad de la escritura, modelo de escritor, claro, esbelto, conciso, inteligente, sintético, irónico: todo lo que para mí representa la clave de la escritura y del verdadero oficio*”², expone en una nota al final de su “Cándido” su interpretación de esta diferencia entre el estilo de una y otra versión: “*Ya no es posible volver a encontrar aquella soltura y ligereza; ni siquiera yo puedo hacerlo, aunque creo que jamás he aburrido al lector. Si no el resultado, pues, valga la intención: he tratado de ser ágil, de ser ligero. Sin embargo, mucho pesa nuestro tiempo, demasiado*”.

Si quisiéramos escribir hoy una tercera versión del “Cándido” lo primero que deberíamos hacer es detectar el dogma, la idea que en la actualidad se ofrece como guía para la conducta y la interpretación del mundo. Caben varias posibilidades, pero quizá la que más juego da, en el sentido de que aplicarla sin matices llevaría al nuevo Cándido a vivir experiencias tan desagradables y elocuentes como las de sus predecesores, sea la tolerancia. Nuestro incauto protagonista, encontrando perfectamente razonable en el plano teórico esta idea, después de haber sido convenientemente aleccionado por un personaje equivalente al Pangloss de Voltaire y al arcipreste Lepanto de Sciascia, se lanza a la conquista de la realidad, y pronto comprueba cómo, en el mejor de los casos, lo que impera es la indiferencia. El Cándido del siglo XXI irá encontrándose con personajes que, siempre invocando la tolerancia, le tomarán el pelo, le meterán en líos, se aprovecharán de su persona y de sus bienes, en suma, abusarán de su buena fe, hasta que, finalmente, aquél decide adoptar una actitud escéptica, repitiendo, al reencontrarse con quien le enseñó a creer en la tolerancia, aquello de: “*Eso está bien dicho, pero tenemos que cultivar nuestro jardín*”.

¹ De *supersticio*, -are: sobrevivir, es decir, lo que aún queda del pasado, lo que los ilustrados quieren dejar atrás, el *Ancien Régime*.

² Entrevista con Marcello Padovani incluida en el libro “*Sicilia como metáfora*”.